

A los 70 años, Nemesio (Nemecio, como consta en el registro civil, y como se llamaban su padre y abuelo) presenta en la Galería Praxis, una exposición con lo más representativo de su obra.

—Son 145 cuadros, que en gran parte me facilitaron coleccionistas privados. No constituyen ni la décima parte de lo que he hecho.

Parte con *Apuntes sobre papel*, dibujos realizados cuando estaba en tercer año de Humanidades, en el Colegio de los Sagrados Corazones.

Es en cierto modo como escribir su biografía, como mostrar lo que se ha hecho en la vida.

—¿Lo deja satisfecho, o se arrepiente de algún tema o cuadro realizado?

—No. Lamento que no estén todos los cuadros aquí. Hubo gente que no me los quiso prestar. Después de los 25 años viví otros tantos afuera, y siempre pintando, en Nueva York y en muchos países de Europa.

Traspaso del mundo

Pintor, grabador y muralista, ha desempeñado diferentes cargos importantes para nuestro país: director del Museo de Bellas Artes y del de Arte Contemporáneo; cofundador de la Escuela de Arte de la U.C.; difusor de nuestra cultura en Nueva York; ilustrador de libros, entre otras actividades.

Sus obras hoy están en diferentes países del mundo, siendo muy bien cotizadas.

—¿Es diferente el valor de sus pinturas aquí en Chile que en otras partes?, ¿ha subido o bajado su precio últimamente?, ¿es algo que le importe?

—No me gusta hablar del precio de mis obras. En todo caso, en el mundo todo sube; es raro que baje. Sin embargo, no pinto para ganar plata, ni para vender, aunque vivo de esto. Es muy agradable que la gente haga un esfuerzo por comprar mis obras. No me preocupa el valor que tengan. Hay pintores que mandan gente a defender sus precios. No es mi caso. Sé que mis cuadros se valorizan en *Sotheby's* en 2.000 o 1.500 dólares.

La cultura

Hace dos décadas, estuvo durante cuatro años como agregado cultural en la Embajada chilena en Estados Unidos. Con un gran bagaje cultural, recibió también a través de su familia, escribió diversos artículos de prensa, e incluso tuvo a su cargo programas de radio desde Nueva York, que se difundían a toda América.

—¿De qué forma cree usted que influyó esa etapa en su creatividad pictórica y en el conocimiento de su obra en el mundo?

—En nada. Son dos cosas aparte. Yo pintaba dos o tres días a la semana, pero no me presentaba como pintor. El estar allá sí fue importante. Viví doce años en Nueva York, y por supuesto que eso influye.

—Usted que fue director del Museo de Bellas Artes, ¿cómo cree que debe ser esta entidad?

—El Museo debe ser como fue cuando yo lo tuve a cargo: algo vivo. Más allá de las pinturas colgadas, debe convertirse en un centro de la cultura, donde convivan conciertos de música clásica con popular, del canto nuevo, como los Jaivas, Blops, e Inti-Ilumani, que empezaron en esa época... recitales de poesía con charlas de pintura.

Se siente contento porque van a abrir el Museo y considera que ha cooperado para que ello ocurra.

—¿Qué museo del mundo está más cerca de lo que idealmente cree que debería ser un organismo de este tipo?

—El Museo de Nueva York. Tiene una actividad inmensa y una cineteca estupenda. Pero sus recursos son totalmente diferentes a los nuestros.

—En la época en que estuvo en el Museo, usted fue un impulsor de los valores jóvenes, planteando que los premios no debían ser sólo para los consagrados... ¿Qué piensa ahora?

—Sigo pensando igual. Recién participé en el concurso de pintar el centro de Santiago; yo, el anciano, salí tercero, mientras que Bororo y Campuzano, dos valores jóvenes, obtuvieron el primero y segundo lugar; eso es estupendo, lo incentiva a seguir. Ya pueden trabajar libremente, sin sobresaltos económicos.

La familia

Nemesio Antúnez proviene de una familia con buena situación económica, sin antecedentes pictóricos, pese a que su padre "tenía gran sensibilidad artística y un excelente sentido estético".

También tomó la vena artística Enrique Zañartu, quien, aunque hermano de Nemesio, adoptó el apellido de su madre, porque siempre lo confundían con su hermano mayor; con este nombre se ha consagrado como pintor.

De su primer matrimonio, con Inés Figueroa, tiene 2 hijos: Pablo y Manuela. Guillermina nació de su unión con la pintora boliviana Patricia Velasco.

—Mis tres hijos tienen facilidad y acceso a la pintura. Pablo está en Barcelona. Manuela vive en Ibiza, haciendo artesanía en batik y pintando. La menor está en el colegio y ya pinta todo el día.

El mundo y su creación

Antúnez, y otros pintores, han comentado en repetidas oportunidades la importancia que tiene para un artista viajar, adquirir la sapiencia europea, y empaparse de otras culturas.

Pero estas vivencias no son fundamentales. Cada caso es distinto.

Hay pintores que sólo cuentan con su fuerza interior, y no les gusta tener otras influencias.

Nemesio Antúnez lo señala resaltando la labor de Bororo:

—El ha viajado poco, y su pintura es buena. Recién pudo salir del país, y fue para él algo extraordinario.

Al respecto, se acuerda de una frase que siempre decía su amigo Pablo Burchard: "Hay pintores pintores, y otros carreristas", para sindicarse a la gente que no sólo se preocupaba de crear porque sí, sino que buscando galardones. "Pablo y yo somos artistas. Nunca nos preocupamos de eso".

Piensa que cada artista debe hacer lo que quiere. "Yo tengo responsabilidades extrapictóricas; no soy un imbécil que está sólo con la paleta y los pelitos del pincel pintando en el taller; soy también un ciudadano".

No se considera un pintor de protesta, sino de vivencias. Lo que ha visto y quiere comunicar está desarrollado en una serie de temas diferentes: volantines, tangos, manteles, cortinas, multitudes, cordilleras, bicicletas, camas, desnudos, estadios, cucharas, la ciudad, el mar, Nueva York...

Explica que no nacen de manera consciente. Conviven. Los combina, traslapándolos.

En el subsuelo de la Galería Praxis, llama la atención una faceta suya diferente, su serie sobre Cristo. La realizó el año pasado, en acuarela.

En la creación de futuros temas sólo influirá... la vida.

Por Luz María de la Vega Prat.
Fotografías, Patricio Estay.

MERC

- 6 ABO. 1988